

CHILE

ante la GUERRA

Discurso pronunciado por el diputado nacionalista
don JORGE GONZÁLEZ VON MARÉES
en la sesión del 20 de Enero de 1943
de la Cámara de Diputados



1943

K U K L O X . X Y Z



K U K L O X . X Y Z

CHILE ANTE LA GUERRA

HONORABLE CAMARA:

Ante el hecho, consumado esta mañana, de la ruptura de las relaciones diplomáticas de nuestro Gobierno con los Gobiernos de Alemania, Italia y Japón, no puedo dejar de cumplir con el deber de conciencia de alzar mi voz de protesta por un acto que no vacilo en calificar como el más triste y vergonzoso de nuestra historia.

Durante más de cien años supo Chile mantener en su política internacional una tradición de soberanía y dignidad no desmentida. Nunca Gobierno alguno comprometió ni siquiera levemente a la república con actitudes que no correspondieran a las más severas exigencias de la seguridad y el honor nacionales. Jamás un gobernante chileno se dejó doblegar por presiones o amenazas extrañas para determinar la conducta de Chile en el plano continental o mundial.

A esta invariable conducta se ha debido el que siempre el pueblo chileno haya estado férreamente unido en torno al Gobierno en cada circunstancia difícil de nuestra política exterior. Sobreponiéndose a las diferencias de doctrinas y de partidos, olvidando odios y distanciamientos personales, los chilenos nunca dejaron de unirse en un solo haz en torno a su hombres dirigentes cada vez que éstos requirieron la cooperación nacional para la defensa del honor y de la integridad de Chile.

Esta conjunción de Pueblo y Gobierno en las horas álgidas y decisivas de nuestra historia fué posible gracias a que los gobernantes, quiénesquiera que fuesen, supieron siempre interpretar en esos momentos el sentir íntimo de la nacionalidad toda. Una tradición centenaria había acostumbrado al pueblo

chileno a saber depositar su plena confianza en sus hombres dirigentes en todas las ocasiones en que se encontraba en juego el porvenir del país. Gracias a esta confianza y seguridad recíprocas pudo Chile abordar sus problemas internacionales con firmeza y dignidad ejemplares.

Hoy esa tradición que nos hizo respetables ante el mundo entero ha sido quebrantada.

Chile, que siempre pudo enorgullecerse de la altivez de sus gestos históricos, proporciona en estos momentos el denigrante espectáculo de una nación que ha renunciado a su categoría de tal. Sin ninguna razón medianamente valedera para justificar el paso que acaba de dar, el Gobierno lanza al país a la más desgraciada de las aventuras, movido por presiones que ninguna atingencia tienen con el verdadero interés nacional.

Se nos ha llevado a la guerra —porque la ruptura es la guerra, según aseveración del propio Presidente de la República— so pretexto de que ello es necesario para la defensa de la libertad del continente. Los parlamentarios que hemos oído las exposiciones hechas ante el honorable Senado por el señor Ministro de Relaciones Exteriores sabemos que la realidad es otra, y que la única verdadera causal de la ruptura es el temor a las consecuencias materiales del mantenimiento de la política de no beligerancia. Rompemos con el Eje por falta de energía para afrontar la presión de Estados Unidos. Esta, honorable Cámara, es la cruda verdad.

Por lo demás, el instinto popular comprende que la situación es precisamente la contraria de la que plantea la propaganda oficial. El pueblo chileno sabe que el gesto que hoy realiza Chile no es de liberación, sino de vasallaje; que no es de afirmación de nuestra voluntad de continuar viviendo como nación soberana, sino de renunciamento cobarde a una independencia conquistada con homérico esfuerzo y mantenida durante más de una centuria con altivez y dignidad; que no es de afirmación de una línea histórica recta y honrosa, sino de claudicación y repudio de un pasado noble y heroico.

Chile tira en estos momentos por la borda lo más precioso que poseía: las páginas de una historia limpia y brillante como pocas naciones pueden presentarla. Con un solo gesto pisotea-

mos y enlodamos el legado que nuestros mayores nos encomendaron cuidar y acrecentar.

Todo esto lo sabe por intuición el pueblo chileno, y por ello recibe con indignación y vergüenza la noticia del rompimiento de relaciones. No sólo no ha decidido él esta aventura inaudita; sino que la repudia con toda su alma. El propio Gobierno así lo ha comprendido; según lo demuestra su negativa a someter su decisión a una consulta popular.

Pese a la intensísima propaganda que los sectores oficiales y partidistas interesados han hecho para adecuar el estado de espíritu del país a la actitud gubernativa; pese a los millones gastados con igual fin por los agentes norteamericanos; pese a la mordaza impuesta a toda manifestación de opinión contraria a los designios de los patrocinadores de la guerra, el pueblo chileno no se ha dejado engañar. La inmensa masa de la población ve con estupor lo que está aconteciendo. Hasta hace muy poco no creía que ello fuera posible. Hoy, ante la evidencia brutal de los hechos, muerde silenciosamente su indignación por saberse impotente para evitarlos.

Atendida esta situación de discordancia absoluta entre el sentimiento popular y la actitud del Gobierno, yo estoy seguro de interpretar el pensamiento del país al declarar que no me siento moralmente ligado a la decisión gubernativa. Los hombres que están en la Moneda disponen de la fuerza y de los medios para impedir que el pueblo se rebele contra una medida que le repugna. Pero lo que no pueden impedir es que la conciencia nacional no los acompañe en la resolución adoptada.

Esta guerra a que se arrastra a Chile contra potencias que tradicionalmente han sido nuestras amigas y que absolutamente ningún motivo nos han dado para que quebrátemos esa tradición de amistad, no es obra del pueblo chileno. Los chilenos no nos sentimos representados en este caso por quienes detentan el poder público. Por consiguiente, sus actos no nos comprometen ni nos obligan.

Quiero, señor Presidente, que se sepa con diáfana claridad que somos cientos de miles y millones los chilenos que no nos consideramos en manera alguna vinculados a la aventura bélica en que se sume a la república. Podrá el Gobierno hacer lo que

quiera para doblegar esta resistencia moral, pero lo que no conseguirá jamás es que voluntaria y conscientemente prestemos cooperación a su obra.

Un Gobierno sólo puede exigir sacrificios del pueblo cuando sus actitudes corresponden a los anhelos generales. Pero cuando en flagrante contradicción con el sentir popular se adoptan resoluciones que pueden significar la muerte de la nación, desaparece todo vínculo moral entre gobernantes y gobernados.

Es éste, honorable Cámara, el caso actual de Chile. Oficialmente podremos estar en guerra con Alemania y sus aliados, pero moralmente el pueblo chileno se siente ajeno a esa situación. No se le pida, pues, sacrificios que su conciencia no le permite otorgar.

Las potencias afectadas con la medida gubernativa de ruptura de relaciones recibirán seguramente este gesto con un encogimiento de hombros. Son demasiado graves sus tareas en los campos de batalla para que puedan prestar atención a la resolución tartarinesca de un pequeño país que no pesará un adarme en la decisión de la contienda. No tendremos, pues, ni siquiera la modesta satisfacción de que este paso para nosotros tan grave inerezca ser tomado seriamente en cuenta por los países contra quienes va dirigido. A lo más nos aplicarán algún correctivo por vía ejemplarizadora, a fin de que apreciemos en todo su alcance la torpeza cometida.

Honorable Cámara:

Es tan grave el hecho producido, es tan trascendental el paso que el Gobierno ha dado, que considero indispensable que se delimiten netamente las responsabilidades de él.

No tengo motivos personales de resentimiento en contra del Excmo. señor Ríos. Todo lo contrario. Tampoco dudo de su honradez de propósitos y rectitud de intención. Pero creo que ha cometido un inmenso error. Y cuando se llega a un cargo de tan alta responsabilidad después de haber aspirado a él con vehemencia, no hay derecho para incurrir en tan grave y fundamental equivocación.

De aquí que, con todo el respeto que me merece la persona del Presidente de la República, no pueda yo dejar de expresar mi más enérgica condenación a su actual actitud como gober-

nante, y de señalarlo ante el juicio de la historia como el responsable directo de los dolores y humillaciones que por su voluntad ha abocado a la república.

Los hombres que han decidido la guerra para Chile deberán soportar algún día todo el peso de la acusación de un pueblo vejado en sus más sagrados sentimientos. Serán ellos los culpables de la sangre y de las lágrimas que se derramen cuando los horrores de la contienda lleguen hasta nuestras costas. Hacia ellos se volverán airados los chilenos cuando sientan en todo su humillante rigor la afrenta de la ocupación extranjera. Contra ellos se erguirá la nación ultrajada y expoliada, cuando recobre de nuevo su libertad.

A los millones de chilenos que hoy contemplan acongojados e impotentes el sacrificio de la patria y que presienten los negros días que se avecinan, yo les digo que no deben perder la fe en los grandes y gloriosos destinos de Chile. No en balde escribieron nuestros antepasados una historia como la que con orgullo ostentamos. En sus páginas encontraremos las fuerzas espirituales necesarias para resistir y sobrellevar con entereza el dolor de los días aciagos que vendrán.

Sin embargo, llegará también el instante en que tras esas jornadas lóbregas y doloridas despuntarán de nuevo la alegría y la luz. Vendrá el amanecer diáfano en que los chilenos podremos otra vez respirar a pulmón lleno el aire puro de un Chile libertado de la opresión y del oprobio. Tarde o temprano sonará la hora de la reparación total y del castigo implacable.

Mientras ese momento arriba, pongamos todo lo que esté de nuestra parte para que el espíritu austero y viril del Chile altivo de antaño se conserve incólume en el corazón de la raza. Será ese espíritu, remozado en los pechos de la juventud chilena, el que habrá de restituirnos la libertad y el honor cuya pérdida momentánea lloramos.

Entonces, en un día como hoy, recordatorio de una de las más puras glorias patrias, podremos volver a celebrar con orgullo el empuje soberbio del "roto chileno".



K U K L O X . X Y Z